

Una nueva oportunidad perdida

RÍO+20

Crónica de la cumbre

Transcurridas dos décadas desde la exitosa Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro, que sentó las bases de la política medioambiental mundial, la capital carioca acogió en junio pasado la Conferencia de la ONU sobre Desarrollo Sostenible (Río+20) con el objetivo de alcanzar un gran acuerdo internacional para frenar la degradación del planeta. Sin embargo, los intereses particulares de los países se acabaron imponiendo y la conferencia se cerró con una declaración de mínimos que posterga las grandes decisiones a futuros encuentros.

Por **CARLOS COROMINAS**. Periodista ambiental.



La presidenta de Brasil, Dilma Rousseff, junto al secretario general de la ONU, Ban-Ki-moon, durante la apertura de la Conferencia de la ONU sobre Desarrollo Sostenible (Río+20).

Río+20 comenzó sin expectativas sobre la posibilidad de alcanzar un gran acuerdo que comprometiera a los países a adoptar medidas para frenar la degradación ambiental. La crisis económica, la situación en Europa y las suaves posiciones de los países tradicionalmente críticos hacían prever que esta conferencia sobre desarrollo sostenible se cerraría sin acuerdo o con uno de mínimos. Sin embargo, el lugar y el momento de la cita, veinte años después de la celebración de la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro, permitía pensar que el espíritu de aquella reunión en la que se sentaron las bases de la po-

lítica medioambiental internacional podría prevalecer.

El 20 de junio pasado, Río de Janeiro amaneció lluvioso. El estado de excepcionalidad que había estado presente durante la última semana se acentuó: calles cortadas, declaración de festivo para instituciones públicas y caravanas de coches oficiales indicaban que habían llegado ya los más de cien jefes de Estado y de Gobierno que durante tres días iban a participar en la conferencia Río+20. La declaración final se había firmado un día antes y lo único que faltaba que los presidentes ofrecieran su discurso al plenario y la foto de familia. Las ausencias de



El objetivo de Río+20 era ambicioso: alcanzar un acuerdo que permitiera crear mecanismos para reducir la pobreza y aumentar el bienestar sin dañar el medio ambiente

Cameron, Obama y Merkel reflejaron la escasa relevancia de esta cumbre en la agenda política internacional. Asimismo, la destitución del presidente Lugo en Paraguay marcó el último día de la conferencia e hizo que varios líderes latinoamericanos cambiaran su agenda para afrontar la crisis en el país vecino.

El objetivo de esta cumbre de desarrollo sostenible era ambicioso: alcanzar un acuerdo que permitiera establecer mecanismos para reducir la pobreza y aumentar el bienestar humano sin dañar el medio ambiente ni agotar los recursos. Para ello, los países se habían propuesto revisar el funcionamiento de lo aprobado hace 20 años y mejorar lo necesario.

En 1992, la Cumbre de la Tierra, celebrada en la capital carioca, aprobó la puesta en marcha de tres convenios (Cambio Climático, Biodiversidad y Lucha contra la Desertificación) destinados a combatir los principales problemas en materia ambiental desde una óptica global y mediante la colaboración de todos los países. Esa cumbre de alto nivel también aprobó la creación de la Agenda 21, un programa para desarrollar políticas concretas sobre el terreno. Aunque Río+20 no tenía intención de poner en duda la eficacia de estos convenios y de la Agenda 21, lo que se pretendía era evaluar su funcionamiento y pensar en nuevos mecanismos que permitieran una mejor actuación a escala global.



Sergio Zelaya, coordinador de Política Global de la Convención de Desertificación de la cumbre Río+20.

Ya en la décima Conferencia de las Partes del Convenio de Diversidad Biológica, celebrada en 2010 en Nagoya (Japón), uno de los acuerdos iba encaminado a tratar de mejorar la coordinación de estos tres convenios, dado que muchas de las materias que tratan están interrelacionadas. Por ejemplo, la desaparición de los bosques reduce la captación de CO₂ de los mismos, por lo que aumenta el cambio climático, y esto, a su vez, provoca cambios en los ecosistemas que hacen que las especies migren o desaparezcan. Para el coordinador de Política Global de la Convención de Desertificación, Sergio Zelaya, «uno de los retos para después de Río+20 debe ser mejorar la coordinación entre convenios y otras actuaciones».

Río+20 pretendía ser un punto de inflexión para impulsar un acuerdo global que permitiera combatir la crisis ecológica y apostar por el desarrollo sostenible fundamentado en los tres pilares que define la ONU: social, económico y ambiental. Un sentimiento de urgencia predominaba en los pasillos entre negociaciones: la certeza de que el tiempo para llegar a acuerdos sobre el futuro del planeta se acaba. Según el arquitecto y premio Global 500 de la ONU Herbert Gi-



Herbert Girardet, arquitecto y premio Global 500 de Naciones Unidas.

rardet, «ya no se puede hablar de desarrollo sostenible, hay que empezar a hablar de desarrollo regenerativo». El fracaso de cumbres anteriores, como la de cambio climático de Copenhague, y el peso de la crisis económica hacían prever que la de Río sería otra cumbre sin acuerdo o con un acuerdo de mínimos.

Las negociaciones

El día previo al comienzo oficial de la cumbre las partes firmaron una declaración que rebajaba el texto inicial en ambición y tamaño: de las más de 200 páginas iniciales del documento se pasó a 59. Esto se explica, en parte, por el interés de Brasil en cerrar cualquier texto, antes de arriesgarse a que Río+20 se resolviera sin acuerdo y se pudiera comprometer la imagen diplomática de un país en expansión. «Todas las delegaciones estaban frustradas, lo que indica que ha habido consenso», explicó Luiz Alberto Figueredo, jefe de la delegación de Brasil, convertido de facto en portavoz de Río+20. Figueredo admitió que la declaración podría haber sido mejor, pero «es preferible que salga un texto crítico a que no haya ninguno».



Luiz Alberto Figueredo, embajador de Brasil para las negociaciones de la cumbre Río+20.

La otra cumbre

Mientras se celebraba la conferencia oficial, la Cumbre de los Pueblos tenía lugar en el parque Aterro do Flamengo, enclave que ya albergó la Cumbre de los Pueblos de 1992. Durante siete días reunió a activistas de movimientos sociales de todo el mundo, indígenas, artistas y divulgadores. Cada esquina del parque se convirtió en un espacio donde se mostraban públicamente las iniciativas de organizaciones, empresas y particulares.

En esta ocasión, el parque acogió un gran número de carpas y puestos de or-



La Cumbre de los Pueblos reunió exposiciones y otras manifestaciones artísticas por parte de colectivos diversos.



Nikhil Chandavarkar, portavoz de Naciones Unidas para la conferencia Río+20.

Nikhil Chandavarkar, portavoz de la ONU en la negociación, resumió en una frase la postura de Naciones Unidas: «Es un texto muy equilibrado, ya que no había esperar acuerdos mejores». Para Constanza Martínez, oficial de políticas senior de la Unión Internacional por la Conservación de la Naturaleza, el documento no podría haber sido mejor dada «la diferencia de intereses entre Estados Unidos, Europa y el G-77».

La aprobación de este texto es la culminación de un proceso que tuvo su punto álgido en las negociaciones llevadas a cabo desde enero de 2012, cuando se presentó un borrador que recogía las principales propuestas y que sería ampliamente modificado en los meses siguientes hasta derivar en el texto final que recoge los acuerdos de la cumbre Río+20 y que lleva por título *El futuro que queremos*.

organizaciones sociales que se mezclaban con grandes *stands* de empresas y tenderetes a pie de calle que vendían todo tipo de *merchandising* social. Así, a poca distancia se podía obtener información del Movimiento de los Sin Tierra, comprar un bolso reciclado en el puesto de Correos o informarse de las acciones que Banco do Brasil lleva a cabo en zonas remotas de la Amazonia brasileña.

A pesar de los ejercicios de mercadotecnia verde de algunas empresas, el parque Aterro do Flamengo se llenó de propuestas provenientes de los movimientos sociales, que ocuparon carpas y *stands* para debatir acerca de temas como justicia social, soberanía alimentaria, energía o trabajo. La actividad durante la semana que se prolongó la Cumbre de los Pueblos fue frenética y se complementó con varias manifestaciones por las calles de ciudades de Brasil y actuaciones teatrales que pedían desde la protección de la Amazonia frente a la industria ganadera hasta que el dinero que se invertirá en el Mundial de Fútbol 2014 sea destinado a proyectos de protección ambiental.

Manifestación en la calle de una ciudad brasileña coincidiendo con la celebración de la cumbre.



José Carlos Luiz Santos Olivera, agricultor de cacao y palmito de Bahía y miembro de Vía Campesina, se quejó de que «las negociaciones oficiales beneficiaban a los intereses de las grandes empresas y no a los pequeños agricultores como nosotros». Santos Olivera había viajado a Río de Janeiro con otros dos agricultores para aprender de otras iniciativas de cooperativismo agrícola y poder aplicarlas a su caso.

El director ejecutivo de WWF, Lasse Gustavsson, se mostró muy crítico con los resultados de la cumbre oficial: «Después de dos años de diplomacia sofisticada en la ONU llegamos a algo que no nos va a dar nada más que más política, más conflictos y más destrucción del medio ambiente». Por eso, Gustavsson considera que los únicos avances en los últimos diez

días han estado protagonizados por la sociedad civil y no por los Gobiernos.

En el mismo sentido se expresaba Tom Kuchard, de Ecologistas en Acción, una de las organizaciones españolas presentes en Río+20: «Donde están las verdaderas soluciones y los verdaderos análisis es en la Cumbre de los Pueblos, que ha exigido un cambio en el modelo de consumo para poder salvar el planeta».

En la Cumbre de los Pueblos también abundaron personajes curiosos que propugnaban un cambio de modelo económico o la defensa de la Tierra desde sus propias realidades. Cerca de la carpa de Greenpeace uno se topaba con la *mujer bambú*, una altísima modelo que viaja por los colegios de Brasil para llevar a los niños el mensaje de la sostenibilidad y la defensa de la Amazonia.

Objetivos de Desarrollo Sostenible

Una de las propuestas de mayor éxito en la cumbre fue la liderada por Colombia y Guatemala para crear unos Objetivos de Desarrollo Sostenible que definieran unas metas concretas y que funcionaran de forma similar a los Objetivos del Milenio. De hecho, Colombia y Guatemala se basaron en estos Objetivos para construir su propuesta y definir los Objetivos de Desarrollo Sostenible. «Unos Objetivos acordados a nivel internacional podrían ser apuntalados por metas –como en el caso de los Objetivos del Milenio– y podrían posteriormente traducirse en una serie de indicadores que reflejen las diferentes realidades y prioridades a nivel nacional», especificaba el texto de la propuesta.

Si bien los Objetivos del Milenio y los de Desarrollo Sostenible son complementarios en la propuesta de Colombia y Guatemala, los segundos son de aplicación universal, mientras que los primeros se centran en los países en desarrollo. El objetivo último de la propuesta reside en contar con un mecanismo que traslade al terreno práctico las propuestas emanadas de Río+20 y destinadas a fomentar el desarrollo sostenible. De es-

te modo, según la propuesta de Colombia y Guatemala, se pueden proponer medidas concretas, evaluar cuál es su impacto y medirlo gracias a indicadores establecidos.

Finalmente, los Objetivos de Desarrollo Sostenible quedaron incluidos en términos parecidos a los de la propuesta de Colombia y Guatemala, y se acordó la formación de un grupo de trabajo formado por 30 miembros de diferentes países antes de la 67ª Asamblea de Naciones Unidas. Hasta el año 2015 este grupo de trabajo se encargará de definir los objetivos y presentar informes a la Asamblea General para alcanzar estos objetivos después de esta fecha que coincide con el plazo final de los Objetivos del Milenio.

Numerosas organizaciones y delegaciones se mostraron de acuerdo con establecer estos objetivos más allá de 2015 para no distraer las actuaciones de los Objetivos del Milenio. En estos términos se expresó el presidente del Gobierno español, Mariano Rajoy, cuando se dirigió al plenario y destacó que «no es el momento de crear nuevos objetivos que distraigan nuestro esfuerzo cuando ya vemos la meta en el horizonte».

Mariano Rajoy, presidente del Gobierno español, durante su intervención ante el plenario de la cumbre.



Acuerdos de Río+20

La cumbre giró en torno a dos conceptos clave: economía verde y desarrollo sostenible. Del primero se esperaba una definición y la creación de un mecanismo que lo pusiera en marcha; del segundo, el fortalecimiento de las instituciones de la ONU que velan por el medio ambiente.

La economía verde se había convertido en la gran idea de la cumbre y se repetía hasta la saciedad en paneles de expertos y conferencias. Como queda recogido en el documento final, «la economía verde debería contribuir a la erradicación de la pobreza y al crecimiento económico sostenible, aumentando la inclusión social, mejorando el bienestar humano y creando oportunidades de empleo y trabajo decente para todos, manteniendo al mismo tiempo el funcionamiento saludable de los ecosistemas de la Tierra».

Durante las negociaciones previas, el apartado dedicado a la economía verde incluía la creación de un mecanismo en el marco de la ONU para coordinar acciones y servir de apoyo a los países con



objeto de conseguir financiación y tecnología en el contexto del desarrollo sostenible y la erradicación de la pobreza. El párrafo resultante reconoce la importancia de implementar políticas encaminadas a la dotación tecnológica y financiera, pero pide que sea el sistema de la ONU, junto con donantes relevantes y organizaciones internacionales, quienes se encarguen de coordinar y dotar de información a quien lo solicite. Al no crearse un mecanismo específico, el desarrollo de la economía verde no tendrá un objetivo ni unos resultados contrastados, y se centrará en el fomento de actuaciones aisladas promovidas por el sistema tradicional de la ONU.

En la rueda de prensa posterior a la aprobación del acuerdo final, Figueredo admitió que no existía consenso sobre el significado de economía verde y que este había sido el principal escollo de las negociaciones en este punto.

El delegado de Estados Unidos en las negociaciones, Jonathan Pershing, confirmó esta declaración, comparándola al momento en el que en una discusión dos personas defienden lo mismo pero con diferentes palabras y no consiguen

La cumbre no alcanzó siquiera un consenso para definir el término «economía verde», cuyo desarrollo no tendrá ni objetivos ni resultados contrastados

ponerse de acuerdo. «Para Estados Unidos, economía verde significa cómo continuar con el desarrollo y seguir creciendo», explicó, agregando que «no se puede vivir cómodamente en una sociedad si no se puede disponer del agua o contaminar el aire». La postura estadounidense en este y otros temas estuvo profundamente arraigada en la defensa de la soberanía nacional. «No aceptamos que ningún organismo regule lo que hace Estados Unidos en materia de medio ambiente internamente», recalcó el delegado.

El otro gran punto de la cumbre se centró en la mejora de las instituciones de la ONU que trabajan por el desarrollo sostenible, para mejorar su efectividad y adaptarse a las realidades locales con mayor precisión. Una de las propuestas defendía crear una Organización Mundial del Medio Ambiente al estilo de organismos como la Organización Mun-

dial de la Salud o la Organización Mundial del Comercio. Para ello se tomaría como referencia el PNUMA (Programa de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente) y se ampliarían las características de su misión. Este estatus permitiría a la agencia resultante acceder a fondos propios y tener más capacidad de presión sobre los Gobiernos.

Finalmente, se decidió «fortalecer y mejorar» el PNUMA para que tenga representación universal y dotarle de una financiación más adecuada procedente de los presupuestos de la ONU y de contribuciones voluntarias. Estas medidas deberán aprobarse mediante resolución en la 67ª Asamblea General de la ONU.

Para uno de los negociadores de Brasil en Río+20, André Correa, «la mejor forma de proteger el medio ambiente es integrarlo de forma transversal en la economía y en el aspecto social, y no aislarlo en una agencia única». Según Nikhil



André Correa, uno de los negociadores de la delegación de Brasil en la cumbre.



Jonathan Pershing, delegado de Estados Unidos en las negociaciones de la cumbre.



Danniel Mittler, director de Greenpeace, fue muy crítico con la actitud de los Gobiernos en el ámbito energético.

Chandravarkar, «el fortalecimiento del PNUMA permitirá mejorar el proceso de toma de decisiones, una mayor unidad y mayores vías de financiación».

Es precisamente en la financiación donde ha radicado otro gran escollo de las negociaciones de esta cumbre. La situación actual de la economía propició que en la declaración final las referencias a la financiación fueran vagas y que no se asumieran compromisos concretos en cuanto a movilización de recursos. La mayoría de los párrafos en los que existía alguna mención a la financiación se eliminaron o quedaron como una referencia genérica.

El texto final abre la puerta a la financiación privada para diferentes programas, como se señala en el siguiente párrafo: «La interacción de la asistencia para el desarrollo con la inversión privada, el comercio y los nuevos agentes de desarrollo ofrece nuevas oportunidades para movilizar recursos privados». Este hecho fue criticado por algunos países y ONG presentes en el foro. Quamrul Chowdhury, de la delegación de Bangladesh, señaló que el G-77 quiere que «la financiación sea de carácter público

para conseguir un proceso de transferencia tecnológica y financiera efectivo para los países en desarrollo».

El director de Greenpeace, Danniel Mittler, criticó duramente a los Gobiernos porque «dicen que no pueden poner dinero encima de la mesa debido a la crisis económica y financiera y hablan de desarrollo sostenible mientras están subvencionando los combustibles fósiles». Mittler se refería al párrafo eliminado del apartado de energía en el que se pedía «la eliminación gradual de los subsidios a los combustibles fósiles que alientan el consumo derrochador y socavan el desarrollo sostenible».

Acuerdos controvertidos

Al principio de semana parecía que Río+20 podía convertirse en la «cumbre de los océanos». Una propuesta para proteger la biodiversidad y los recursos genéticos en alta mar cobraba fuerza y, si finalmente se aprobara, podía ser considerada como uno de los grandes acuerdos de la reunión. Se planteó la instauración de una nueva figura de protec-

Una ciudad tomada por Río+20

Río de Janeiro se convirtió durante una semana en el centro de la diplomacia mundial. Con la vista puesta en el Mundial de Fútbol de 2014 y, sobre todo, en los Juegos Olímpicos de 2016, las autoridades de la ciudad querían demostrar su preparación para acoger eventos de gran magnitud. La gran urbe carioca se convirtió en un inmenso escenario donde en casi cada barrio había propuestas relacionadas con los motivos de la cumbre.

La palabra sostenibilidad fue el denominador común de anuncios, carteles, exposiciones en la calle o reclamos en las tiendas: por una semana, todo parecía ser sostenible en Río de Janeiro. Las figuras construidas en las playas de Copacabana o Ipanema se convertían en pequeñas maquetas en las que se daba la bienvenida a los participantes en Río+20 en varios idiomas y se mostraban lemas a favor del desarrollo sostenible.

Bastaba preguntar a cualquier ciudadano para cerciorarse de que los precios de hoteles y restaurantes habían subido durante la semana de la cumbre. Asimismo, en las principales zonas turísticas había una gran presencia policial y durante los tres días que duró oficialmente la cumbre se decretó fiesta oficial para las institu-

ción que implicara la creación de reservas marinas en aguas internacionales para proteger la biodiversidad y los recursos genéticos (utilizados en la investigación científica y en el desarrollo de nuevos fármacos y protegidos en tierra por el Protocolo de Nagoya).

La sesión del lunes por la tarde en materia de océanos se cerró sin acuerdo. Las negociaciones se reanudaron a las 23:00 horas con la intención de discutir el párrafo 163, relativo a la creación de estas reservas marinas. Estados Unidos, Canadá y Venezuela lideraron la oposición,



ciones públicas a fin de poder organizar mejor el dispositivo de seguridad. Joao, un taxista, comentaba airado cómo había cambiado la ciudad en los últimos años: «Han destrozado la esencia de Río, ahora todo es para turistas y extranjeros». Según Joao, «hay un pacto no escrito» entre la policía y los delincuentes: ellos no salen de las favelas y la policía no les molesta. «El Río de verdad ya no existe, se han cargado su esencia, su sabor y su música. Antes era más peligroso, pero era más auténtico y cálido», sentencia.

Además de la cumbre oficial y de la Cumbre de los Pueblos, durante toda la semana hubo otros encuentros en los que diferentes sectores mostraron su visión particular sobre temas como la economía verde, el desarrollo sostenible y el fomento del trabajo verde. Se celebraron

foros de empresarios, de jóvenes, de científicos y de juristas. Uno de los eventos más característicos fuera de las dos cumbres fue el Humanidade, celebrado en un enorme fuerte que domina la playa de Copacabana, donde tuvieron lugar diferentes paneles con participación de científicos, empresarios y expertos en materias como energía o soberanía alimentaria.

Numerosas organizaciones aprovecharon el tirón de Río+20 y la presencia de los delegados y la prensa para presentar algunas de sus iniciativas. Río centro llenó sus salas de eventos paralelos y el parque de los Atletas, situado frente a este complejo, acogió los pabellones en los que los países mostraban diversas iniciativas en materia de urbanismo, energía y eficiencia.

Algunas iniciativas pusieron de manifiesto cómo la tecnología e Internet están permitiendo conocer mejor el estado del planeta o proporcionar información a los ciudadanos. Es el caso de la colaboración que mantienen la Agencia Espacial Europea y las tres convenciones de Río, que permiten utilizar datos obtenidos por satélite para medir el avance de la deforestación, los cambios en la biodiversidad o los efectos del cambio climático. Otro proyecto presentado al calor de Río+20 es Infoamazonía, que proporciona datos de manera periódica sobre la deforestación en la Amazonia o las industrias que allí operan y que ofrece información de actualidad sobre el estado de la selva.

Hasta las favelas de Río se convirtieron en escenario de presentaciones. Banco do Brasil hizo público un proyecto para almacenar agua en zonas de escasa salubridad. El concepto es sencillo: construir enormes cisternas de cemento que almacenan el agua llevada por una red de canales de toda la favela. El proyecto fomenta la participación de la comunidad, que se encarga de manera colectiva de gestionar la cisterna.



Claudia Salerno, jefa de la delegación de Venezuela.

con un apoyo más moderado de Japón, Rusia, Noruega e Islandia. La Unión Europea y el G-77 eran los principales defensores de la creación de esta figura de protección. El texto podía haber quedado abierto y ser discutido durante las sesiones de alto nivel a las que iban a asistir los jefes de Estado. Sin embargo, la delegación de Brasil se impuso y presionó para cerrar el acuerdo antes de la llegada de los jefes de Estado a la cumbre.

La reunión se desarrolló en torno a grupos cerrados donde tres o cuatro países discutían detalles concretos, algo inusual

en las negociaciones de este tipo en la ONU, donde se debate entre todos en sesión abierta. Los siete países opuestos a la aprobación de las reservas marinas se enfrentaban a 180 que defendían esta medida. En un momento de la negociación, la jefa de la delegación venezolana, Claudia Salerno, pidió que la reunión se celebrara a puerta cerrada. Finalmente, ya de madrugada, se aprobó el texto y en el párrafo 163 (162 en el texto final) no se recoge la creación de reservas marinas en alta mar y se posterga la decisión a la Asamblea General de la ONU.



Gro Harlem Brundtland y Michele Bachelet, ex presidentas de Noruega y Chile, lideraron el organismo ONU Mujeres en la conferencia.



Ban Ki-moon, secretario general de Naciones Unidas.

Según Milko Schwartzman, de Greenpeace, Venezuela justificó su posición debido a que no había firmado la conocida como *ley del mar*, «aunque hay muchos países que no la han ratificado y apoyaban la propuesta». Por otro lado, «la posición de Estados Unidos se debe a posibles intereses de investigación farmacéutica y explotación de petróleo en alta mar», según el mismo delegado, para quien «este acuerdo podía haberse convertido en el único punto positivo de Río+20 de cara a tomar medidas para presionar a Gobiernos y empresas a proteger los océanos».

Un miembro de la delegación de Venezuela aseguró no entender la medida y no poder explicarla al no haber recibido más consigna que la negación a apoyar un párrafo que incluyera las reservas marinas en alta mar.

Otro punto polémico de la negociación fue la sustitución de la expresión «derechos reproductivos» por «salud reproductiva». El organismo ONU Mujeres, liderado por las ex presidentas de Chile y Noruega, Michele Bachelet y Gro Harlem Brundtland, respectivamente, presionó desde el principio de semana para que en el texto se recogiera la importancia de las mujeres en la toma de

Río+20 concluyó con una declaración de mínimos que posterga las decisiones importantes a futuros encuentros o a decisiones de la Asamblea General

decisiones. Bachelet situó a las mujeres en el centro de cualquier proceso de desarrollo sostenible y Brundtland destacó «el papel decisivo de las mujeres en el control del tamaño de las familias y, por tanto, de la población».

Nadie está contento

La cumbre finalizó el 22 de junio con un sentimiento de decepción generalizado. Muchos Gobiernos no ocultaron su descontento con el texto. Las organizaciones sociales criticaron que la cumbre servía a intereses privados. Incluso para los representantes de la ONU era difícil defender un mensaje triunfalista. Algunos líderes criticaron el acuerdo por poco ambicioso. Fue el caso de François Hollande, el presidente francés, que denunció la ausencia de un acuerdo sobre la creación de una Organización Mundial del Medio Ambiente y en materia de financiación.

Para el secretario general de la ONU, Ban Ki-moon, «los esfuerzos no han es-

tado a la altura del desafío». Incluso miembros de la delegación de Ecuador explicaron que el fracaso en el texto se suplía con la oportunidad de su presidente, Rafael Correa, para criticar las políticas de Occidente desde una tribuna como el plenario de Río+20. El hecho de que los tres días de cumbre oficial solo sirvieran para que los diferentes líderes mundiales subieran por turnos al estrado del plenario para hacer proclamas verdes dejaba en evidencia que, en muchas ocasiones, Río+20 era una oportunidad de hacer política interna más allá de alcanzar un compromiso serio en la defensa del medio ambiente.

Río+20 terminó con una declaración de mínimos que posterga las decisiones importantes a futuros encuentros o a decisiones de la Asamblea General. El texto no profundiza en los acuerdos de 1992 ni asume la sensación de urgencia que se transmite desde los círculos científicos y desde el mundo ambientalista. El momento era ahora, quizá en la siguiente cumbre ya sea demasiado tarde. ♦